

cultivo más pingüe y remunerador.

El día que este país fomento debidamente la agricultura infundiéndola a la juventud amor a ella, estableciendo el estudio obligatorio en todos los planteles de enseñanza, y posea estaciones agronómicas con un campo de experimentación en todos los Estados de la República, no tardará en cambiar de aspecto, convirtiéndose en un emporio donde el trabajo y la producción metódica, ampliada acorde con los principios científicos alcanzará su mayor prosperidad. Se cuenta para introducir estas innovaciones, con su afición y la intelectualidad de la juventud y con la exhuberancia del suelo.

Formemos, pues, agricultores, y para esto removamos los obstáculos que la ignorancia opone al avance de la civilización impulsando por medio de la enseñanza el desarrollo de nuestras fuerzas productoras y para obtener estos resultados, sólo se requiere el concurso de la buena voluntad, aunando a la protección absoluta que el Gobierno presta, la cooperación decidida de los directores de planteles, que por su posición, no carecen de grande influencia; y en fin, que se despierte el espíritu de asociación y de patriotismo, fuerzas irresistibles con las cuales se reducen a la impotencia las dificultades que se presenten.

Tengamos en cuenta que el pueblo que descuida la instrucción de sus hijos, y más aún, la instrucción práctica, no tendrá hombres capaces de laborar la grandeza de su país, ni será próspero dentro de la civilización.

ULPIANO B. SENCIAL.
Ingeniero Agrónomo.

El Sr. Tulio Burgos O.

agradece los esfuerzos de cuantos trabajaron a alejar de los potreros de "La Victoria" o destruir, la Langosta que en ellos sentó sus reales.

* EN HONOR DE Don Julio Arboleda

Ambos, Caro y Arboleda, fueron personalidades sobresalientes en la segunda época de nuestra República; ambos fueron renuevos de familias distinguidas y nobles de la Colonia, y herederos de las costumbres de hidalguía y caballerescas del tiempo anterior a la Independencia; ambos fueron ungidos con el aceite sagrado del amor a la patria cristiana e independiente; fueron por igual católicos incorruptibles, de los que por amor a su doctrina y a su Dios hubieran desafiado los odios de Nerón; ambos esforzados adalides de la causa enunciada en el lema: «In justitia libertas»; al par fueron fogosos,

denodados y candentes periodistas, irresistibles en la polémica; el uno como el otro cultivadores de las gayas letras, poetas inspirados como los mejores de nuestra Patria; y en fin, ambos mártires de una misma causa, pues Caro murió en naufragio padeciendo el ostracismo, y Arboleda como el Abel de la gran Colombia pereció por manos de asesinos en el mismo lugar y con las mismas circunstancias con que fue sacrificado el Gran Mariscal de Ayacucho.

Entre las varias cartas que el Libertador dirigió a don José Rafael Arboleda, se encuentran dos de las cuales extractamos los párrafos que siguen:

En la de 26 de septiembre de 1825, fechada en Oruro, le dice: «No aguardo sino el momento en que yo pueda desembarazarme de los negocios del Alto Perú, que ha librado su suerte entre mis manos, para regresar a mi querida Colombia, y sin duda que mi mayor placer será visitar la patria de los Mosqueras, Pombos, Arboledas, etc., cuyas virtudes, patriotismo y talentos son dignos del pueblo romano en los días de Catón».

Y en la de 22 de enero de 1828, fechada en Bogotá:

«No tiene usted idea del placer que me ha dado la carta de usted, porque me confirma más y más en la opinión que usted me merece, el deseo que usted tenía y muestra de ir a la Gran Convención a «arrostrarlo todo por la patria», es digno de usted y del mejor ciudadano del mundo. Yo sé el valor de este sacrificio, lo aprecio en lo que debo. Usted ya conocido por sus opiniones, rico y bueno, ilustrado y firme, es una hermosa víctima que saborearían con gusto los demagogos».

Don José Rafael Arboleda y Arroyo tuvo por esposa a la señora doña Matilde Pombo y O. Doñell, dama en quien se hallaban personificadas no solamente las cualidades sociales ingénitas en aquella familia procer, sino también las virtudes morales y religiosas que a la herencia y a las costumbres aña el más acendrado y puro cristianismo. A ambas estirpes era característico aquel amor a la patria que se mostró en sus más vivos sentimientos y más distinguidas acciones y que aquilataron el tormento y el martirio en tiempo de Morillo, Sámamo y Warleta. Tal la progenie cuya sangre ardiente circuló por las arterias de Julio Arboleda.

Contaba solamente 14 años de edad don Julio Arboleda cuando su respetable padre desempeñando honrosísima e importante misión

de la patria colombiana, murió en Pisa al dulce arrullo del Arno cadencioso; pero apurando el negro dolor de la ausencia de su esposa y de sus hijos; pérdida esta dolorosa, es cierto, cual ninguna, sobre todo para un joven de inteligencia la más lucida, de imaginación vivísima, de sentimientos exaltados y de corazón el más sensible; pero ya don Julio estaba bien preparado para las luchas de la vida, disciplinado con sobra de estudios literarios en el legendario colegio de Popayán, y bien dirigido por una madre que a corazón de heroína agregaba la fortaleza del alma de las madres cristianas y el talento propio de su raza. Y dice un elocuente orador sagrado que doña Matilde Pombo «púsose a estudiar el carácter y las inclinaciones de sus dos hijos (don Julio y don Sergio tónicos); y viendo que el uno fogoso de imaginación, de inteligencia rápida, de corazón magnánimo y atrevido, como polluelo de águila, necesitaba más amplio espacio que el de los patrios horizontes para dilatar sus vuelos, hizo el sacrificio de arrebatárselo de su propio corazón y lanzarlo a los azares y peligros a que se aventura con ansia de saber la juventud americana en las Universidades europeas».

De aquí tenemos a don Julio Arboleda con ese dominio sobre el medio ambiente que señala a todos los que forman el carácter en los viajes, bajo la influencia de otras costumbres, con el trato de otros hombres y con la amplitud intelectual que conceden las sociedades más avanzadas; hablando idiomas extraños con la misma propiedad con que hablara el propio; enriqueciendo aquella imaginación poética que le acreditó como el mejor bardo para el astro épico que ha tenido la patria de José María Salazar, de Vargas Tejada, de José Joaquín Ortiz; adquiriendo la rápida movilidad de espíritu y la fácil comprensión del razonador y del polemista; haciendo los más variados y sólidos conocimientos de historias de las naciones y de nuestra tierra; con el escalpelo de aguda inteligencia desentrañando y analizando las ideas filosóficas y las instituciones políticas de los países; y, con la audacia propia de su origen étnico, arrastrado por la impulsión de su genio y estimulado por el ejemplo de los libertadores que aún vivían cuando él era niño y por la gloria de los fundadores de la República, aspirando la voluptuosidad de la Fama por medio de la fulgente espada con que defendió la Patria, el Honor, la Re-